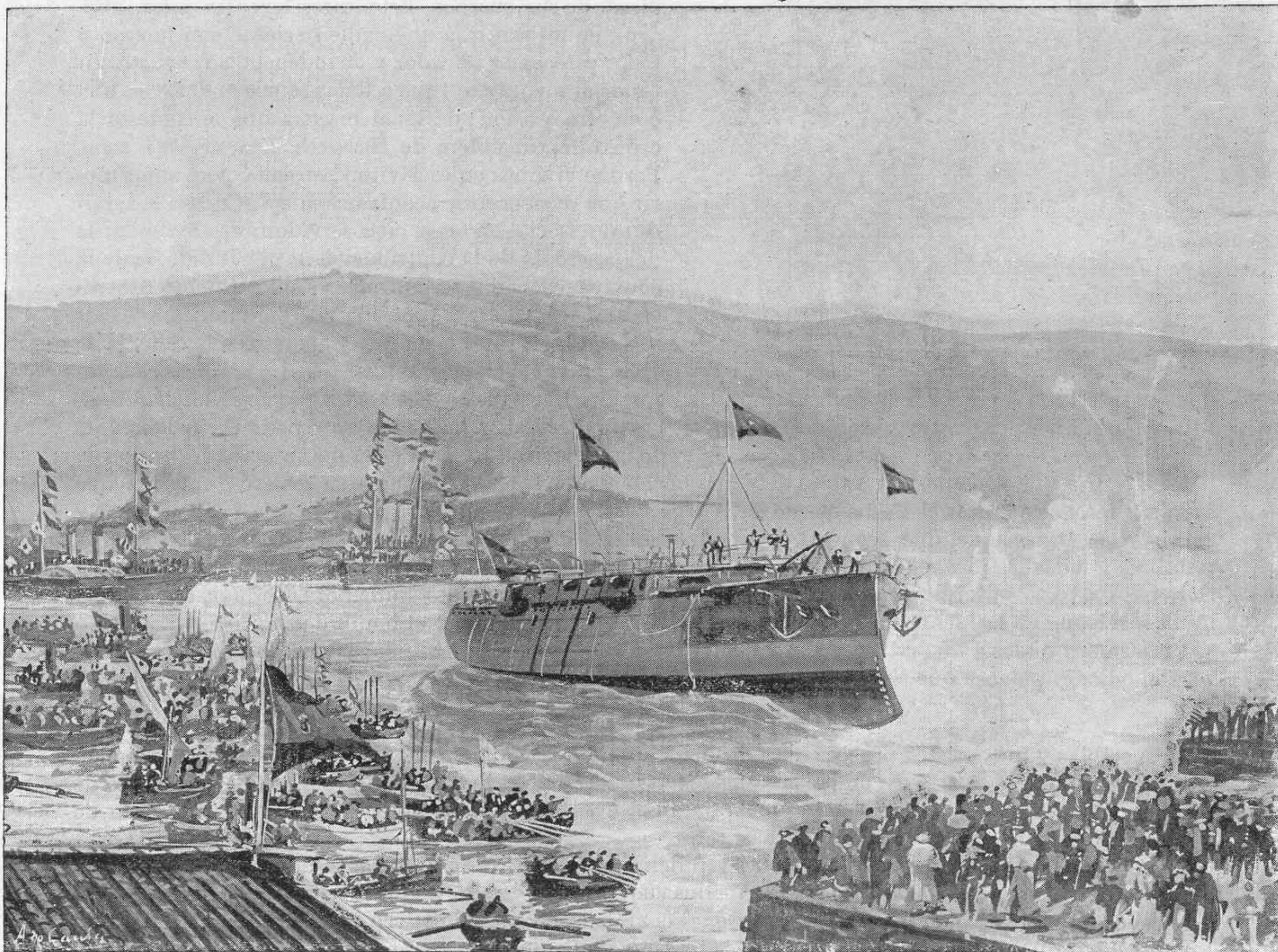




SEMANARIO ILUSTRADO

ACTUALIDADES



FERROL.—BOTADURA DEL ACORAZADO ESPAÑOL «CARDENAL CISNEROS» EL 19 DEL CORRIENTE
Vista tomada desde la sala de gálibos del arsenal.—Croquis de nuestro corresponsal.—Dibujo de A. de Caula.



Angelus Domini nuntiavit Mariæ..... Y sigue anunciando el ángel, en los aires suspendido, nuevas de paz á los mortales sordos, ciegos ó idiotas, preocupados y absortos en la funesta labor de embarullar y enredar y revolver las complejidades, ya obscurísimas, de sus espíritus, y de exacerbar y recrudecer los males, ya crónicos, de sus cuerpos. Esto, caros leyentes míos, obedecá, en mi sentir, á que nadie se sienta con fuerzas ó todos carecemos de valor y de independéncia para contestar al mensajero (que á todos se nos aparece en una ó en otra ocasión) de igual manera que le contestó la esposa del carpintero de Nazareth: *Ecce ancillam tuam*. Porque vivimos en esclavitud perpetua: pero antes morir que reconocerlo; aceptamos muy gustosos la servidumbre social en otras cien servidumbres dividida: la del casero, la de la contribución, la del Jurado, la de la convivencia con seres antipáticos ó totalmente despreciables, la del amor mentido y la del matrimonio *conveniente*, la de miseria en casa y aparato en la calle, la de roña en la conciencia y lustre en los trapicos. Y á to-

das esas servidumbres, por mejor engañarnos, las llamamos libertades, y hasta comodidades y dichas. Examinémonos bien por dentro; reconozcámonos con escrupulosidad, y habremos de repetir las palabras de María: *He aquí tus esclavos*. De este reconocimiento de la esclavitud, el cual es la más alta demostración de libre albedrío que podemos dar, saldrá el Verbo hecho carne viva, nervio que se estremece ó músculo que arroja y recoge; ó quizás el Verbo eterno de la idea, aquel que, según San Juan, existía *en el principio* y estaba *apud Deum*; aquel que, según D. Lázaro Bardón, el sabio helenista, era el *hervidero*, donde todas las palabras y todas las ideas hallábanse en ebullición; aquel que, según el triste y desconocido sabio español Sánchez Calvo, es la forma primera de lenguaje y aun de pensamiento humano: el *ber, ber, ber, ber* del agua hirviendo en la fuente sulfurosa, ante la cual retrocedía espantado el hombre primitivo.

Pero somos malos é hipócritas, y el Verbo *no saldrá*, que es palabra de amor, y hoy *se masca* en la atmósfera el odio; es palabra que sirve para unir, y en el día sólo se aspira á separar.

*
* *

Respetables y muy tristes pruebas de ello hemos tenido hace poco: movimientos carlistas, agitación catalanista, espantosa *tormenta* de palos e *aínda mais* en el Círculo Republicano, esta última con objeto de verificar la unión..... Todo tiende al resquebrajamiento, y hasta el áspero terruño se agrieta por efecto de la fuerza del sol, más veraniego que primaveral.

Cuando sale uno á la calle en estas tardes tan deliciosas, y ve los paseos llenos de mujercitas de buen color, tan contentas con sus atavíos, y de caballos sudorosos y piafadores que arrastran, con el orgullo del que se siente fuerte y bien mantenido, los trenes charolados; y cuando atisba la sonrisa en los labios de los mendigos que parecen *desocupados* y de los desocupados que parecen señorones de alto copete, se le antoja á uno quimera mal urdida que existan luchas eternas y encarnizadas entre los hombres, y reputa

uno majadería insigne la de pensar en otra cosa que en vivir á la buena de Dios, tomando el sol tan guapamente como en los tiempos de Mari-Castaña.

Si los mendigos, los descontentos y los postergados de todo género se convencieran de que el dinero, es decir, el bienestar aparente por ellos envidiado, es como la función de pólvora, cuyos caprichosos juegos y fantásticas luces no ve ni aprecia el polvorista que los ha dispuesto, de muy buen grado se contentarían con ver á otros *correr la pólvora*, y muy pronto se convencerían de que el más cómodo y gustoso papel de este mundo es el de simple espectador. Pero esta filosofía tan fácil, con cuyo auxilio podía resolverse el problema social en un periquete, sólo, que yo sepa, la poseen unos cuantos viejos dignos y callados, á quienes suelo encontrarme, unas veces viendo el relevo de la guardia de Palacio, otras presenciando la *salida* bulliciosa de las modistillas en la calle del Carmen, y también contando los sillares ó los ladrillos de las casas en construcción.

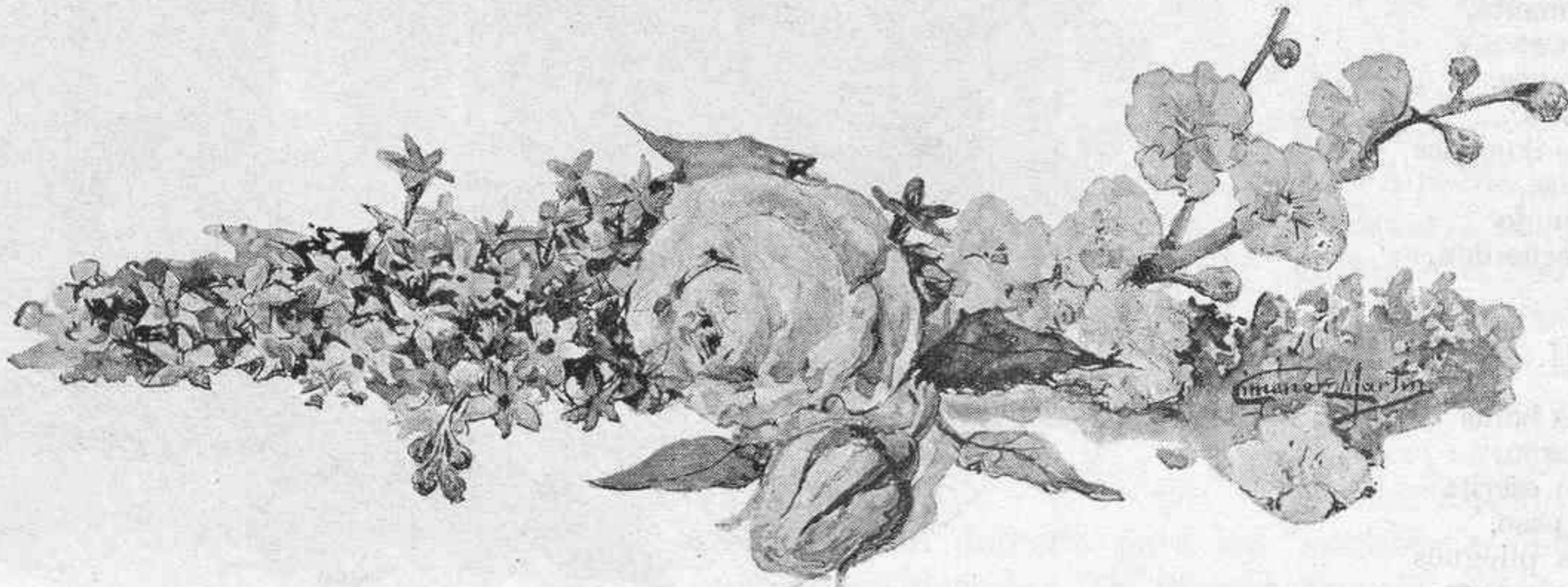
*
* *

Aunque á ustedes no les importe, les diré que no soy republicano. Algunos amigos tengo que lo son, y entre ellos dos ó tres á quienes el republicanismo les hizo ver las estrellas el día de San José. Yo estoy en que debe uno dar su sangre *y demás* por las ideas, pero creo cosa vitanda, si las hay, el recibir cuatro ó cinco linternazos por cuestiones de *mero procedimiento*. Estoy relativamente conforme con que haya partidarios de la revolución y defensores de la legalidad; pero no puedo estar conforme en modo alguno con la necesidad de los coscorriones para eso que dicen *de marcar los campos*, lo cual no sé, á punto fijo, qué viene á ser. De lo que sí soy decidido partidario es de que los derechos de asociación y reunión se ejerciten al aire libre y al sol, no en locales cerrados y de noche. Creo firmemente que, de haberse reunido los *unionistas* del día de San José en el Retiro, verbigracia, nadie hubiera salido con los parietales rotos. *Más diré:* convencidos de no llegar á ningún acuerdo práctico y útil (como, en efecto, sucedió) los más feroces sectarios de la revolución ó los más ardientes defensores del *legalismo*, según todas las probabilidades se hubieran ido cada cual por su lado, unos á las Ventas á quebrantar la vigilia, otros á ver á *Dominguín*, que es un muchacho bravo y con mucha vista, y no pocos al concierto, donde hizo verdaderos primores una artista eminente, nuestra laureada compatriota Mercedes Rigalt.

*
* *

Es una muchacha encantadora. Pudiera decirse que es la estatua de la esbeltez su cuerpo, y la imagen de la amabilidad su cara. Si alguna criatura hay que de verdad parezca un hada (quitando de esta comparación toda la *cursilería* acumulada sobre ella por quienes no tenían idea de hadas ni de mujeres), es Mercedes Rigalt. Si os podéis figurar cómo se concilian y reúnen la solidez y la ligereza, la fuerza y la volubilidad, imaginaréis lo que hace Mercedes Rigalt en el piano. Yo no puedo menos de recordar, siempre que de pianistas se trata, á la que, en mi opinión y en la de muchos inteligentes, tiene hoy día el cetro y la corona, á María Luisa Guerra, y este recuerdo no puede ser en modo alguno molesto para la señorita Rigalt. En ésta predominan la delicadeza, el instinto finísimo de los matices y de las suavidades melódicas, tan difíciles de conseguir en el piano. María Luisa Guerra, la joven argentina, es una artista mucho más apasionada, más grandilocuente. Es una pitonisa, y Mercedes, una vestal; la vestal más vigilante, la de mayor escrúpulo. Y ambas artistas perdónenme la comparación, que, si bien muy manoseada, creo que es bastante justa y no puede ofenderlas lo más mínimo.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



EN CUARESMA'



I.

Cerrada está y obscura
la sala del banquete
que ayer llenó ruidosa
la multitud alegre.

Del baile en los salones
donde infinitas veces
la noche transcurriera
vendida á los placeres.

Todo en tinieblas yace
y en soledad de muerte:
todo en reposo calla;
todo en silencio duerme.

Ayer rumor de zambra,
de brindis y de fiesta,
estremeció á deshora
moradas opulentas.

Ayer la dama altiva,
cual linda bayadera,
al dulce són del arpa
lució su gentileza.

Ayer, con el arrullo
de voluptuosa orquesta,
entre el continuo roce
de la crujiente seda,
volaron, confundidas
en plática indiscreta,
con el suspiro amante,
la frase lisonjera,
los atrevidos ruegos,
la tentadora oferta.....

Un mundo de ilusiones,
deseos y promesas,
que acaso con enojo
las almas hoy recuerdan.

II.

Las invisibles horas
que rápidas volaron,
doquier dejando escrita
la huella de su paso,
entre los anchos pliegues
de su armonioso manto,

ruido y placer trajeron,
ventura y paz llevaron.

En ellos la locura
su imperio dilatando,
si en esperanzas pródigo
fecundo en desengaños,
con su ruidoso séquito
llenó en tropel fantástico
los templos de Cupido,
de Venus y de Baco.

III.

Desnudas ya las mesas,
desiertos los salones,
sin víctimas las aras
de los alegres dioses,
cesó de las orgías
el báquico desorden.

Rompiéronse las copas
que, llenas hasta el borde,

dicha sin fin brindaron
en largas libaciones.

Y en camarín obscuro
y en solitaria noche,
sobre guirnaldas rotas
de profanadas flores,
descansa ya, olvidando
sus mágicos acordes,
la licenciosa lira
del viejo Anacreonte,
mientras en són doliente,
la atmósfera recorren
flotando en alas trémulas
suspiros y oraciones.

IV.

¿Por qué las que deidades
de Babilonia fueran,
vestidas y adornadas
de gasas, oro y perlas,
hoy son aristocráticas,
hermosas Magdalenas,

que con la negra blonda,
ceñida la cabeza,
al pie de los altares
humildes se congregan?

¿Por qué en los atrios santos
la multitud penetra?

¿Por qué piadosos himnos
el pueblo canta y reza
y de Belial los siervos
hasta el Calvario llegan?.....

¿Por dicha vuelve á Cristo
la humanidad proterva,
de salvación buscando
la ya olvidada senda?.....

¡Ah!, no: que terminadas
las místicas endechas,
mañana tornaremos
á la mundana fiesta.

Que en medio del bullicio
de nuestra farsa eterna,
es la piedad por horas.....
un cambio de caretas.

CARCLINA VALENCIA.



DERECHO DE PATALEO



Que no había sino verle, marchando jinete en su potro de pura raza cordobesa, para decirle:

—¡Olé, por los hombres guapos!

Porque el señor Juan, al decir de todos los viejos de Cortes y de todos aquellos pueblos, que le habían conocido en sus buenos tiempos, era lo que se llama un buen mozo.

¡Y qué corazón tan noble, y qué bravura la de aquel hombre que le poseía!

Lo que sucede es que la humanidad no es justa en ocasiones, si bien para el señor Juan no tenía más que elogios la mayoría de las gentes de allá abajo.

De padres á hijos se ha transmitido la historia verídica de las hazañas de aquel hombre extraordinario en su época.

Era natural que entonces camparan por sus respetos los valientes.

No había Guardia civil, instituto que vino á desgra-
ciar á los bravos y á cortarles la historia por la página más brillante, á las veces «con lámina y todo», como decía el señor Juan.

—Aquella era época de hombres—añadía con orgullo,—y el que no lo era no podía andar por el mundo. Hoy cualquiera pasa por guapo; hay mucha «civilización», aunque esté feo el decirlo. Entonces no había

más que un derecho para los hombres: el del pataleo.... cuando los *ajorcaban*, así fuera por equivocación.

—¿Ven ustedes ese pobretico?—preguntó el señor Juan á varios de sus contertulios.— Pues era hombre bueno y murió malamente sin merecerlo.

Se refería al expropietario de una pierna y de una cabeza, y de otros despojos, clavados en perchas á la entrada del pueblo, como para embellecer aquel sitio y rendir homenaje á la memoria del difunto.

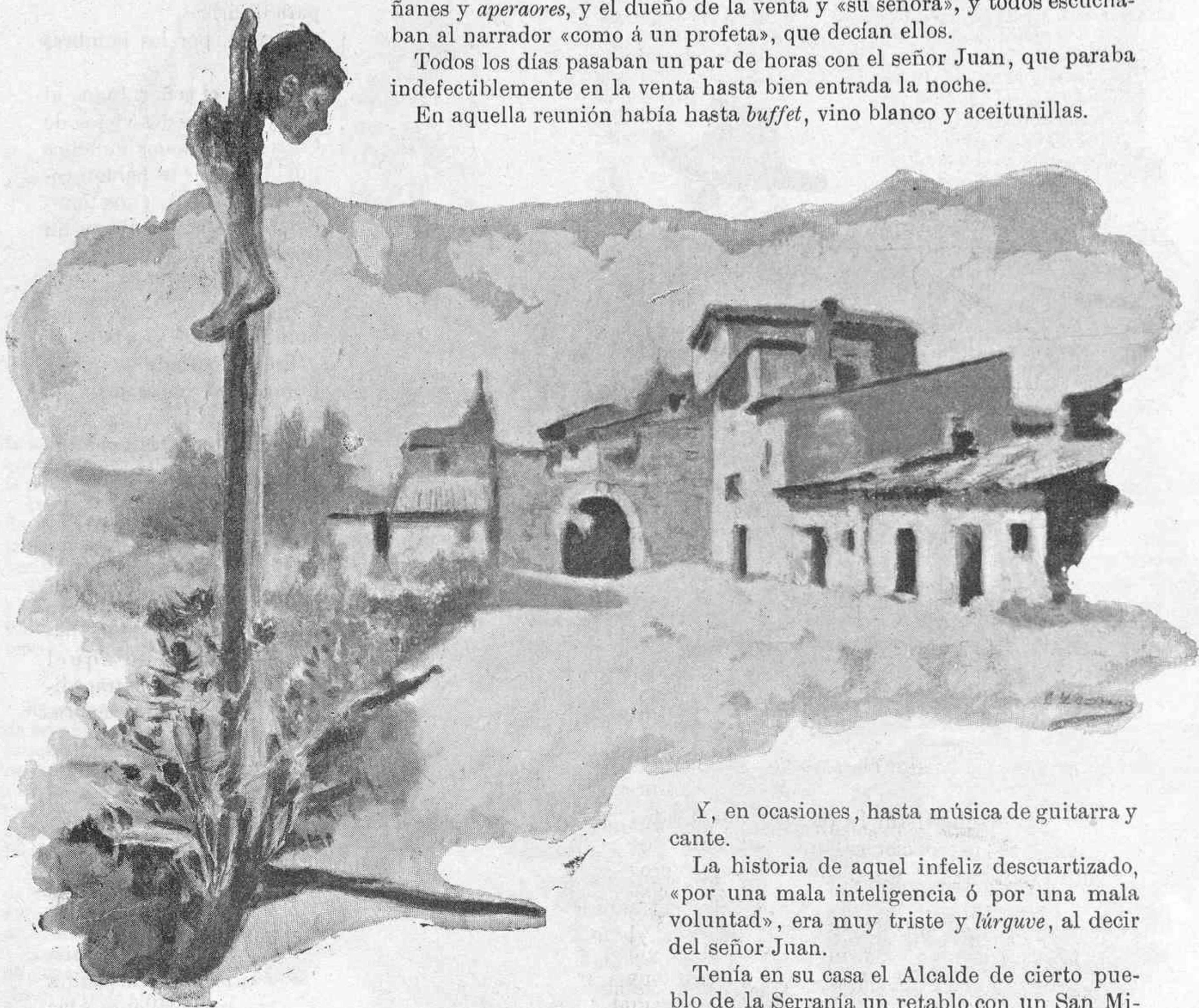
Era esta costumbre chinesca para moralizar al país y servir de ejemplaridad al criminal, y de espanto al caminante honrado y temeroso.

—Murió tan inocente como nosotros del delito que le imputaban.

Formaban la tertulia del señor Juan algunos vecinos del pueblo, gañanes y *aperaores*, y el dueño de la venta y «su señora», y todos escuchaban al narrador «como á un profeta», que decían ellos.

Todos los días pasaban un par de horas con el señor Juan, que paraba indefectiblemente en la venta hasta bien entrada la noche.

En aquella reunión había hasta *buffet*, vino blanco y aceitunillas.



Y, en ocasiones, hasta música de guitarra y cante.

La historia de aquel infeliz descuartizado, «por una mala inteligencia ó por una mala voluntad», era muy triste y *lúrguwe*, al decir del señor Juan.

Tenía en su casa el Alcalde de cierto pueblo de la Serranía un retablo con un San Miguel, caballero sobre el ángel malo.

Era aquel santo patrono del Alcalde, y la talla, obra de tamaño casi natural, modelada por un artista de mérito, vecino de Sevilla.

El arcángel empuñaba en la mano derecha la poderosa espada, que era de plata.

No había escaseado el artista los atributos de Satanás, que le adornó la cabeza con un par de cuernos como de carabao, pero también de plata maciza.

No hay que decir si mirarían con cierta envidia algunos pobres aquellos adornos del demonio yacente.

—¡Cuánto pesarán!— se decía uno.

—Así ya puede cualquier necesitado hacerse diablo— pensaba otro.

—¡Quién fuera él, y Dios nos perdone!—exclamaba alguno.

Cuidaba el Alcalde de que nunca faltara luz en una lamparilla que iluminaba al retablo.

Entraban y salían vecinas y vecinos en la casa del Alcalde, y no faltaba quien le llevase una *media* de aceite para «colaborar» en la iluminación del retablo.

¡Y que estaba poco orgulloso con aquella obra de arte el Alcalde de la villa!

Como que en poco estuvo que no metiera en una mazmorra, y mandara en seguida que *majaran* á palos, á un desgraciado pintor que pasó por el pueblo y, viendo la talla, dijo —Dios y el arte se lo hayan perdonado — que aquel parecía un Miguel Ángel.

—Arcángel, dirá usted —replicó furioso el «jefe del pueblo».

La insistencia del pintor pudo costarle cara.

—Miguel Ángel —repito.

—Y yo también repito que como vuelvas á decirlo —voceó el Alcalde, apeando el tratamiento al forastero — te encierro donde no veas más *er so*. ¿Te enteras, pintamonas?

Entraban y salían en la Casa del Ayuntamiento, donde vivía el Alcalde, muchas personas, unas para asuntos particulares, y otras por devoción al San Miguel.

Una mañana, al pasar el representante de la autoridad por delante del retablo, vió con asombro que el demonio se había inutilizado para la lidia.

Le faltaban los cuernos.

El Alcalde no daba crédito á sus propios ojos.

Y llevándose las manos á la cabeza, rompió á gritar, llamando á la alcaldesa.

Ésta, que era lo que se llama una buena moza, muy completa y muy honrada y cariñosa, acudió á las voces de su marido.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—Que se han llevado los cuernos —repetía el hombre, «fuera de su propio natural».

La alcaldesa miró á su marido asombrada, y luego se fijó en el ángel malo.

—¡Ya! —murmuró después, tranquilizándose.

Pocos minutos tardó en propagarse la noticia en toda la villa.

El Alcalde prohibió la salida de los vecinos, ni aun á trabajar en el campo, en tanto que él y su gente registraban casa por casa y tomaban declaración, uno por uno, á todos los vecinos del pueblo.

—¡La que se armó con los cuernos del demonio del Alcalde! —exclamó el señor Juan.

Después prosiguió su relato.

—Quiso la mala suerte de ese «pobretico» que un pelotón de soldados que habían venido para perseguir á José María y á los *Niños*, le sorprendiera saliendo del pueblo.

—¡Infeliz!

—¡La mala sombra!

—Los hombres buenos siempre son «las víctimas».

Así lamentaban los circunstantes la desgracia del protagonista de la historia.

—Lo que sobrevino —añadió Juan — ya lo supondrán ustedes. Nada, que el hombre no pudo declarar que había robado los cuernos del demonio del Alcalde, porque no era así, y que le ahorcaron preventivamente y le «partieron por gala», que dice el cantar, en varios pedazos.

—¿Era vecino del pueblo?

—Vivía allí su mujer, y de cuando en cuando iba á mudarse de ropa interior y se volvía con la partida.

—¿Eh?

—Sí, estaba con nosotros.

—¡Ya!

—¡Ya!

—¿Decía usted que era inocente?

—De eso de los cuernos.

—Y ¿se supo quién fué?

—Un año después de «corgarle» á ese recibió el Alcalde una carta y una caja por un propio.

Y en la carta le decían:

«La conciencia me yeva á devolver á usted lo suyo, señor Alcalde.

»Y le aviso porque no pague algún inocente.

»Pero que yo no podía sufrir que á Satanás le pusieran tanto lujo que no tenemos las personas de bien.

»Perdóneme usted que sargo pa er campo santo.—Tío Camarón.»

—Y la carta esa ¿la manuscibió enante de morí? —preguntó uno de los oyentes más «vivos».

Á lo cual replicó el señor Juan:

—No se sabe si después ó antes.

EDUARDO DE PALACIO.



CARTA DEL NOVIO, POR BENEDITO.

MONÓLOGO



1—Esa colilla es para mí.



2—Ya lo creo que es para mí.



3—Yo también estoy cansado.

Enrique, llegando á la calle de Sevilla:

—Las ocho y media: es la hora. Va á venir.....

Faltan diez minutos. Bien puedo leer otra vez su deliciosa carta á la luz de la repostería del café Suizo.

Dice así:

«Arriesgándolo todo, y sólo porque usted vea que deseo complacerle, iré esta noche á las ocho y media á la calle de Sevilla, esquina del Suizo; y daremos una vuelta por el Prado de manera que mi familia no pueda sorprenderme.»

Y al pie de estos encantadores garrapatos hay una L.

¡Oh Luisa! ¡Incomparable Luisa! ¡Luisa discutida por todos mis amigos! Al fin vas á venir. Al fin voy á tenerte á mi lado una hora..... ¿Se habrá ido el cochero? No; está allí, con su tablilla doblada y su sueño profundo.....

¿Será posible? ¿Es verdad que aquella encantadora mujer, á quien fui presentado este invierno con tanta solemnidad en el baile de la Generala, es la misma que ahora?.....

Recapitemos. Tengo tiempo..... faltan ocho minutos para la media..... ¡uf! ¡Mi suegra! Me meto en el café..... Pero no; en el café estarán mis amigos, me entretendrán, se pasará la hora..... Aquí, en el portal.....; haré como que miro las fotografías.

Ya pasó. ¿Dónde irá mi señora madre política á estas horas y sola?

Luisa es una rubia algo más alta que baja, con unos ojos azules como el cielo, mitad infeliz de un Conde alicantino que ha ido á Cuba con un destino en el muelle de la Habana; con esto digo bastante para justificar su mal estado de fortuna presente y su reposición futura.....

Luisa se casó con él para ser Condesa; y lo es. Podrá no tener dinero, pero es Condesa. Podrá no amar á su marido, pero se ha casado. Podrá ser muy seria, pero va á venir.....

La media menos cinco. ¡Cómo sentiría que lloviera!

Pues, como digo para mis adentros, Luisa es muy bonita y está en juego. Quiero decir que va á todas partes. La Duquesa la lleva á su palco en el teatro Real; la Baronesa la lleva á su palco en los toros. Come todos los viernes en casa de la Generala..... Allí la conocí. ¿Quién es esa? — le pregunté á un amigo. — Luisa R....., — me dijo; — es decir, añadió — la Condesa de A..... — ¿Quieres presentarme? — Con mucho gusto..... — El gusto es mío. — Hace mucho tiempo que deseaba..... — ¿De veras? — ¿Quién no desea?..... — Gracias. — ¿Bailará usted un vals? — Sí. — Pues ya....., etcétera, etc.

A la mañana siguiente dejé mi tarjeta en su casa. Dos días después la encontré en una rifa de Beneficencia. — Estuve á ver á usted..... — Sí, lo sé; ¡cómo sentí no estar! De cinco á seis estoy siempre. — Si no fuera pesado, volvería. — Vuelva usted. — Mañana. — Bien. — ¿Qué ha hecho usted por los pobres? — He tomado diez papeletas. — ¿Qué

ha sacado usted?—Nada: ¿y usted?—Yo no he puesto.—Tomaré por usted.—¡Por Dios!—¡Si eso no vale nada!

Tomo doce papeletas para mi amiga, que tiene la fortuna de sacar dos premios: un abanico japonés y una caja de horquillas. Risa burlona por el acierto del abanico; broma de las horquillas; una amiga que va con la mía dice que se cansa; se van, las acompaño, pasamos por la Mallorquina; las convido; las llevo á su casa; al día siguiente voy á las cinco y encuentro á mi amiga sola, es decir, no tan sola; la acompañaba un perro *lupetto*, que intentó morderme por dos veces. Hablamos de Madrid, de los últimos bailes, de su marido, de la isla de Cuba, de lo doloroso de la separación.... Me atrevo á censurar la conducta de los maridos que se van á las colonias dejando en Madrid mujeres tan bonitas.... y me dice que tengo razón.

Desde aquel momento comienzo el sitio en toda regla.

Luisa comienza por sonreír al oír mis primeras insinuaciones, intentando variar de conversación. Insisto. Vuelve á sonreírse y no varía de asunto. Vuelvo á insistir. El decoro toma la palabra.

—Comprenda usted lo delicado de mi situación. Sola en Madrid, con unos criados figones y *dejados por él*.... Yo tendría mucho gusto en recibir á usted.... pero....; ya usted ve...., yo tengo que guardar tantas consideraciones.... ¿Cómo? No, por Dios. ¡Qué cosas! ¡Eso es una locura! En fin..... váyase usted...., las seis....; tengo el coche á la puerta; he de llevar á mi prima á la novena de las Calatravas.... Ea, adiós, amigo mío, adiós.

Y me retiro.

Al día siguiente la encuentro en el teatro Real y apenas la saludo.

Su prima, la de la novena, la brigadiera Q., una mujer con bigotes á la borgoñona, los ojos ribeteados y el pelo de tres colores, me ve á los dos días en la puerta de Lhardy y me dice:

—Hola, Pérez, ¿qué pasa?

—Señora....

—¿Por qué no ha saludado usted á Luisa?

—¡Ah!

Y al decir ¡ah! sonrió como si dijera: Señora, esas son cosas *nuestras*.

La brigadiera añade:

—La tiene usted muy resentida. ¿Por qué no va usted por allá?

La ofrezco ir por allá; pero no voy. Prefiero escribir una carta sin firma, en que digo:

«Que estoy desesperado. (Mentira.)

»Que, supuesto que mis visitas son inconvenientes, he decidido escribir pidiendo una explicación de media hora.

»Que soy un caballero. (Es la costumbre.)

»Que deseo saber si me he equivocado al esperar que seré atendido.»

Esta carta no obtiene contestación. Luisa me ve en el paseo de la Castellana, me saluda con gravedad y se pone muy colorada. Pasan ocho días, durante los cuales no nos vemos.

La brigadiera me escribe al día noveno una carta que huele á violetas, en la que me invita á comer el viernes, *de toda confianza*.

Voy el viernes á casa de la brigadiera y me encuentro á Luisa, que, por una de esas casualidades inexplicables, come á mi lado.

Durante la comida, aprieto en todos sentidos. Á los postres Luisa está de buen humor; tomamos el café en un rincón, junto á un balcón, lejos de los comensales, que nos miran de reojo, fingiendo que no se enteran. Se baila. Luisa toca unos valses de Wantefeld; yo le doblo la hoja.



4—¿Otro paseito?



5—¡Caramba! ¡Lo que anda este tío!



6—¡Ahora la tira de seguro!



7—Pero ¿qué está haciendo?



8—¡Se la guarda! ¡Es tan colillero como yo!

ver, cochero! (¡Uf! ¡Mi cochero, que cree que le llamo!) No, no es á ti, no; ¿qué dices, hombre? ¡Yo no te he tomado! (¡Vaya usted á hablar aparte á un hombre que está en un pescante!) ¡Sí, hombre, todo lo que quieras! (¡Ella!) ¡Sí, mamá! (¡Es ella, no hay duda!) Ea, abur. ¡Mamá, por Dios! ¡Me llaman! (¡Es ella, Dios mío!) ¿Qué? ¿Cómo? ¿Anita? ¿Mi mujer? No, mamá, esa no es mi mujer.... ¡Sí, pues sí es! ¡Con quién se ha parado! Hola, Anita, aquí estaba con mamá.... ¡Ah, la Condesa! ¡Señora Condesa! ¿Usted por acá? Mamá, Anita, presento á ustedes á.... la.... se.... ño.... ra.... Condes.... ¡agua!

.....

.....

¡Dios mío, y yo que le había dicho á Luisa que era viudo!

A las doce de la noche le dicen que está su coche, y al despedirse de mí me ofrece contestarme....

¡Y héme aquí!

Va á venir; la espero sin falta. La media va á dar; dentro de un instante la veré llegar....., ¿por dónde? ¿Vendrá por la calle de Peligros? No es su camino. ¿Por la Puerta del Sol? ¿Por la Carrera de San Jerónimo? No deja de ser extraño darle á uno una cita en un sitio tan céntrico....

¿Será aquella que viene por allí con el velo echado? No; no es; es más baja, y además trae una *adlátere* de aspecto dudoso.... No es ella. ¿Qué hora es? La media y cinco; francamente, la puntualidad en estos asuntos es imprescindible.

¡Eh! ¡Quién! ¡Hola, Marcial! (Maldito seas.) Aquí....., ya ves....., esperando á uno....., á uno que ha subido á la *Peña*; no, no puedo ir contigo, lo agradezco, pero esta noche no voy al teatro.... ¿Mi padre? Tan bueno, gracias. ¿Mi tía? En Carabanchel. ¿Por qué no te llegas á verla? Nada, no miro nada. (Pero ¿qué le importará á éste lo que yo miro?) ¿Que á quién espero? Pues á Martín, á Martín Martínez....

¡Ah! ¿Sí? ¿Le acabas de ver en la calle del Príncipe? No, hombre, no puede ser; has visto mal.... ¿Un cigarro? No tengo. ¿Un fósforo? Tampoco. ¿Qué me pasa? Nada, hombre, no me pasa nada. ¿No ibas al teatro? Pues ya es hora. Ea, ¡adiós, hijo, adiós!

Hay hombres insoportables. Cien preguntas en tres minutos. Y todavía va volviéndose á ver si me quedo en el mismo sitio. La verdad es que aquí no estoy bien. No cesan de pasar conocidos. Me van á hacer perder esta ocasión, de seguro.

¡Las nueve menos cuarto!

¿Si no vendrá?

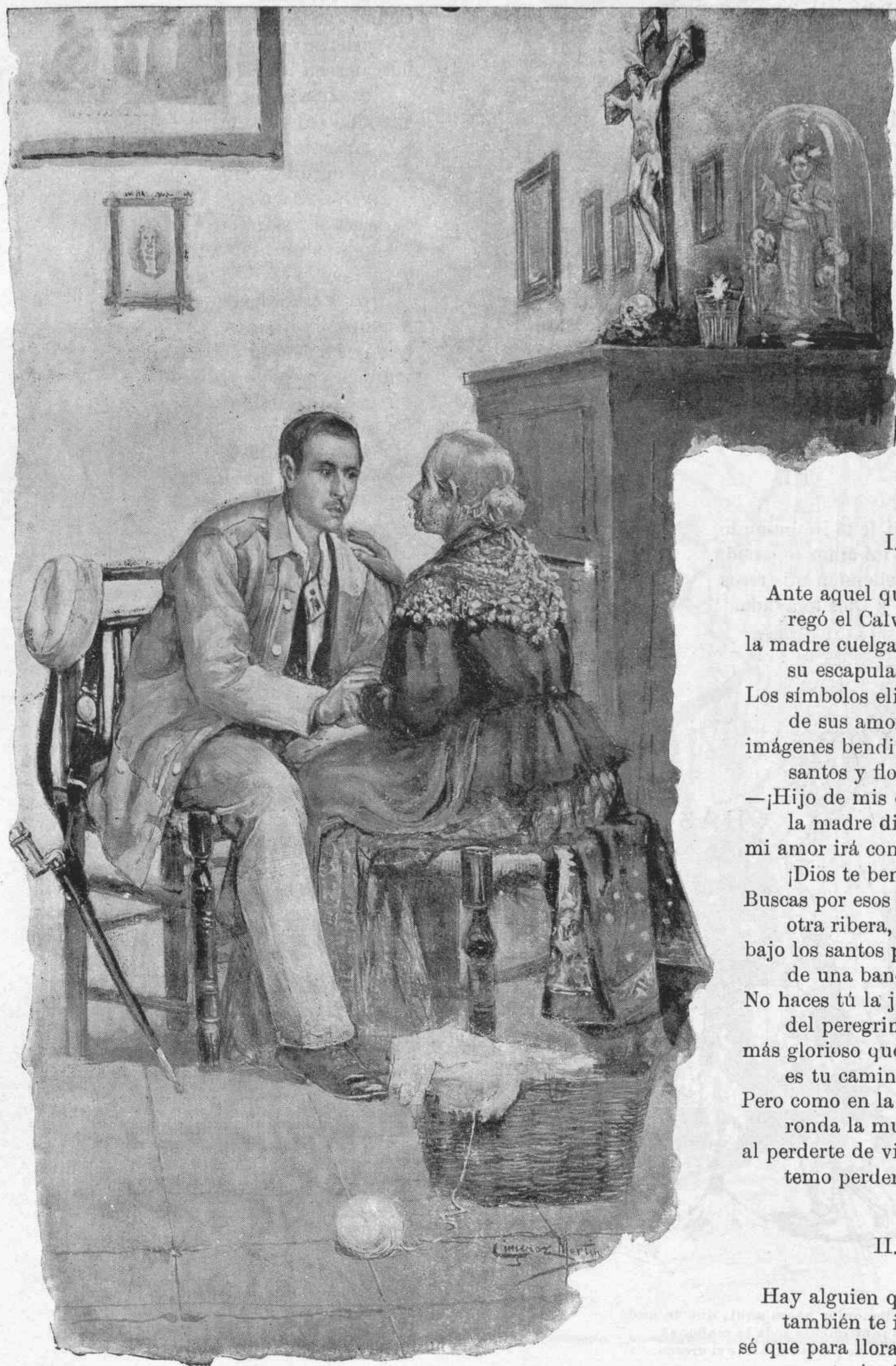
¡Dios mío! ¿Si habrá pasado mientras he estado hablando con ese imbécil?....

¡Mi suegra otra vez! A la fotografía.... ¡Ah! ¿Qué? (Me cogió.)

¡Hola, mamá! ¿A dónde va usted? ¿Yo? Aquí estaba mirando los retratos.... Vea usted, vea usted eso....., está hablando....., es el general Pavía.... ¿eh? ¡Qué bien! (¡Las nueve menos diez!) ¿Aquella? Aquella es una actriz, una cantante.... la Vidal.... Sí, señora; muy gorda, pero ya ve usted, eso no quita.... ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que la acompañe? No puedo, mamá, imposible; estoy esperando á un amigo para ir al Bolsín; ya sabe usted, el papel baja, tenemos que vender; es la renta de mis hijos.... Váyase usted, mamá; ¿quiere usted que le tome un coche? ¡A

EUSEBIO BLASCO.

LO QUE DICE UNA MADRE



I.

Ante aquel que con sangre
regó el Calvario,
la madre cuelga al hijo
su escapulario.
Los símbolos elige
de sus amores:
imágenes benditas,
santos y flores.
—¡Hijo de mis entrañas!
la madre dice,
mi amor irá contigo.
¡Dios te bendice!
Buscas por esos mares
otra ribera,
bajo los santos pliegues
de una bandera.
No haces tú la jornada
del peregrino:
más glorioso que todos
es tu camino.
Pero como en la guerra
ronda la muerte,
al perderte de vista
temo perderte.

II.

Hay alguien que conmigo
también te inmola;
sé que para llorarte
no estaré sola,

Aunque no lloraremos
de igual manera:
tal vez otras te olviden
y yo me muera.
Encontrarás mujeres
por tu fortuna,
pero madre en el mundo
no hay más que una.
Desdeña los halagos,
pompas y honores,
que nada es tan eterno
cual mis amores.
El sol cuando en los mares
hunde su frente,
más bello al otro día
brilla en Oriente.
Tal vez nuestra ventura
no esté lejana,
y como el sol te alejes....
hasta mañana.

III.

Mi fe te irá guiando,
mi amor te escuda,
te defienden mis rezos
y Dios te ayuda.

Yo no veré tu barco
que al mar se fía,
pero yo haré contigo
la travesía.
Cuando ya no descubras
árbol ni monte,
búscame en los celajes
del horizonte.
Y cuando al cielo mires
doliente y mudo,
cítame en un lucero,
verás si acudo.
Quisiera ser estrella
para alumbrarte,
y vientecillo leve
para empujarte.
No sufras, hijo mío,
por más que llores:
también consuela el llanto
nuestros dolores.
En mis reliquias vive,
fíjate en ellas,
porque allí de mis manos
están las huellas.
Y al llevarte mi beso
de despedida,
si el beso no es bastante,
toma mi vida.

ANTONIO GRILLO.

CHASCARRILLOS, POR GASCÓN



—¿Qué demonios haces aquí, que te ando buscando inútilmente toda la mañana?
—Aquí me he plantado á ver si crezco.



—Ya puedes echarte á llorar, que se ha muerto la Casilda
—Pues no pué ser, que me he dejado el pañuelo en casa.

EN EL PASEO, POR MARÍN



—Señora, un socorro á este pobre cesante, que en su tiempo también usó uniforme.

BATURRILLO



Caldo concentrado de almejas.

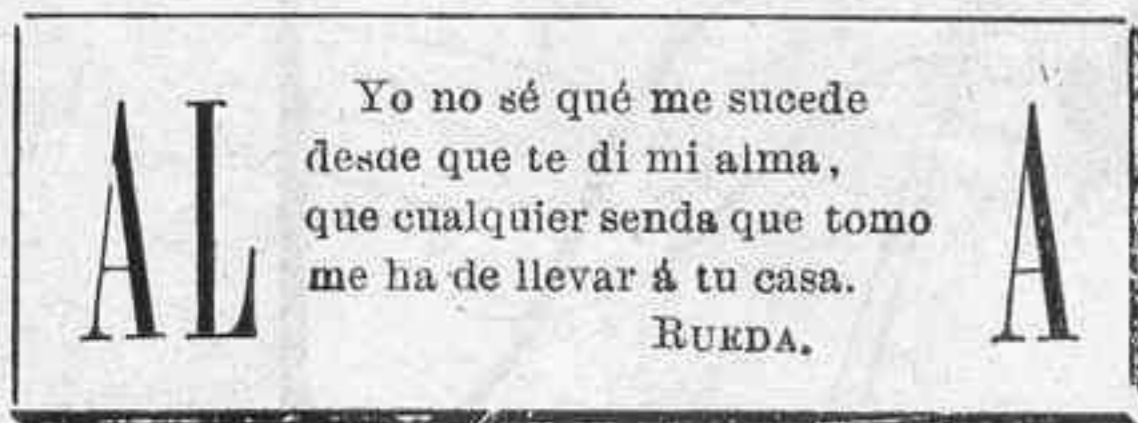
Cinco libras de almejas, que se cuecen en agua y sin aliño durante media hora.

Se desconchan y se rehogan las almejas en una cacerola con dos onzas de manteca de vacas. Sin dejar que tomen color, se agrega medio cuartillo del agua en que empezaron á cocer; se sazona con sal, pimienta, clavo, nuez moscada, perejil, laurel, y á fuego lento se deja cocer una hora.

Se retira la cacerola del fuego y se pasa el guiso por una pasadera, ayudando con el agua que está en reserva. Vacía la cacerola, y sin limpiarla, se derriten en ella á fuego vivo otras dos onzas de manteca de vacas, incorporando tres cucharadas de fécula de maíz para producir una papilla espesa, que se alarga con la primera agua, echando en seguida la pasta tamizada y dos copas de Jerez, y revolviendo con la espátula durante su cocción, de diez minutos, sobre fuego vivo.

En la sopera en que ha de servirse esta sopa se tienen ya preparadas en pedacitos tres claras de huevos duros, y antes de echar el contenido de la cacerola en la sopera se liga la sopa fuera del fuego con una yema de huevo crudo desleída en tres cucharadas de agua fría, y..... á la mesa.

JEROGLIFICO, por A. Novejarque



Yo no sé qué me sucede desde que te di mi alma, que cualquier senda que tomo me ha de llevar á tu casa.
RURDA.

Explicación satisfactoria:

—Papá, ¿por qué edificaban los caballeros antiguos sus castillos en las alturas?

—Pues es muy sencillo, hijo mío. Para que no les molestaran las visitas.

Al alistarse un individuo en la milicia, le preguntó el jefe:

—¿Está usted acostumbrado al fuego?

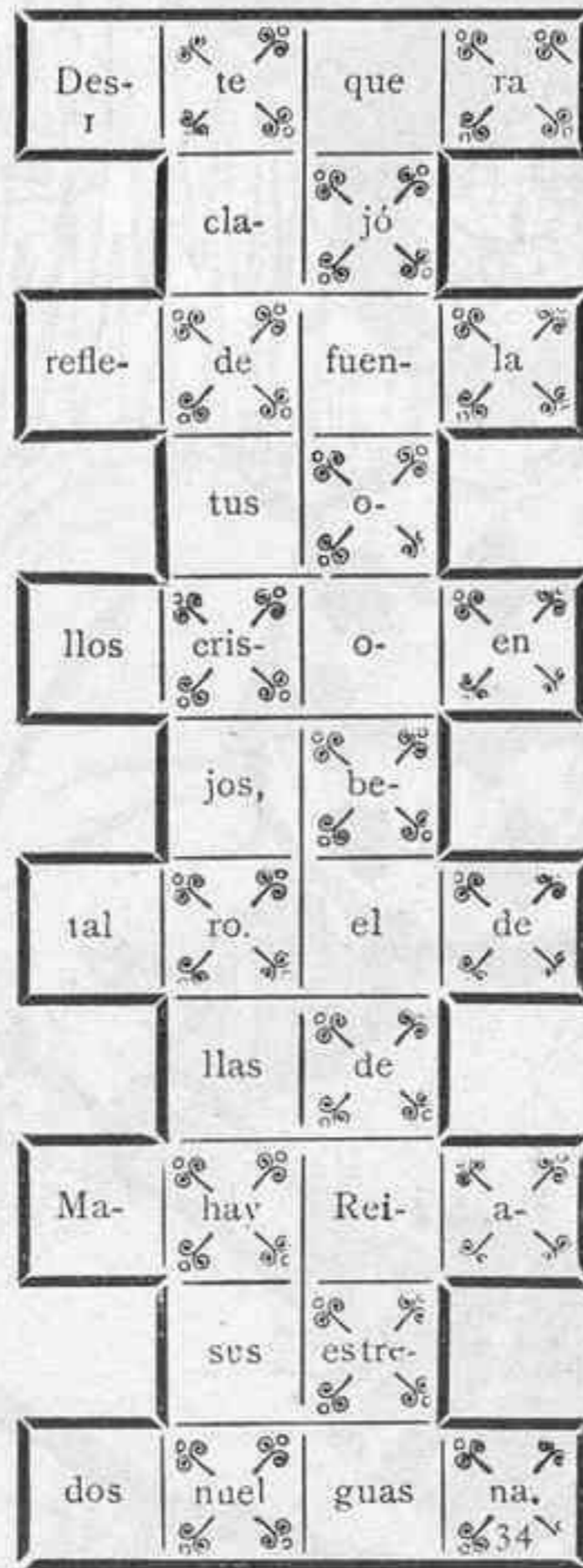
—No, señor; pero es lo mismo.

—¿No ha entrado usted nunca en acción?

—Sí, señor; vivo con mi suegra.

SALTO DE CABALLO

POR NOVEJARQUE



Termina en la casilla 34.

CHARADA, por A. Novejarque

CAMPOAMOR

3.^a 1.^a

SINAI

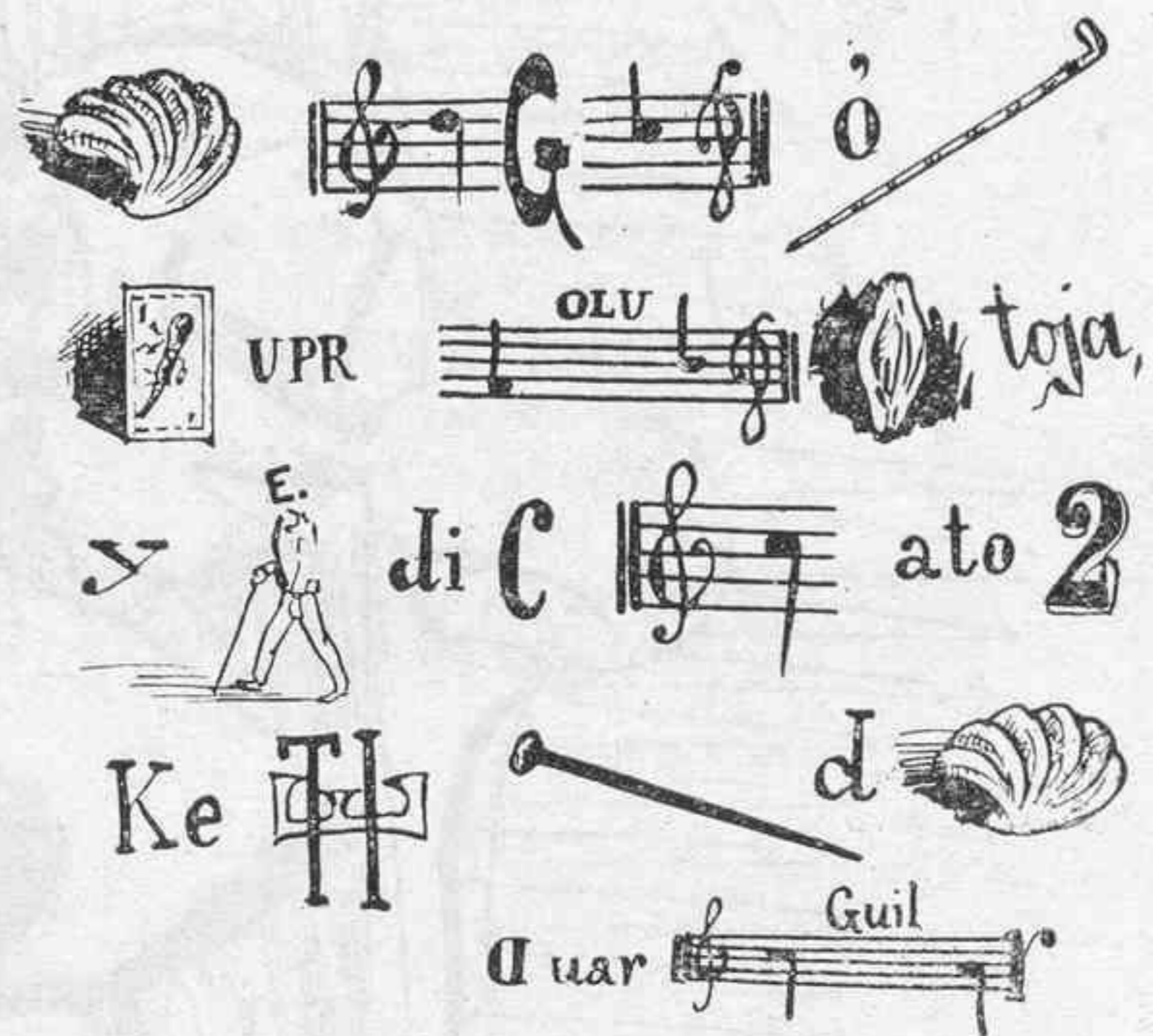
1.^a 2.^a

PENSAMIENTOS

El ansia de la lectura es como un reguero de pólvora inflamado por la chispa.

La ciencia busca el movimiento continuo, y lo ha encontrado: es ella misma. En su obra benéfica, la ciencia está en movimiento constante.

JEROGLIFICO



SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

Á LA ESCALA FLORAL:

N a r **D** O
F **R** E s n o
P e n s a **M** I e n t o
A d e l **F** A
G i r a **S** O L
C **L** A v e l
P a **S** I o n a r i a

AL GEOGRÁFICO:

PEÑafior. PEÑA del Asno.
PEÑAlara. PEÑAs de Orduña.
PEÑAtiel. PEÑA de Francia.
PEÑAranda. PEÑAs de Europa.
PEÑAgolosa. PEÑA de Guazonos.
PEÑAtobre. PEÑAs de Curavaca.
PEÑAcerrada. DesPEÑaperros.
PEÑAs del Cid. ValdePEÑAs.

AL JEROGLIFICO:

ENVENENAMIENTO.

Á LA OBRA TEATRAL JEROGLIFICA:

Cómo empieza y cómo acaba.

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO:

P
P I
P A Z
L I G A
L E L I A
L E G A Z P I
A L E L I
L I L A
G I L
E L
E

AL JEROGLIFICO:

DAMIAN

Á LA CHARADA:

AROMA

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.